

A. González Molina, S. J.

Japón: 22 millones de estudiantes

El P. A. González Molina nos ha dejado en este artículo, dedicado al problema universitario, una de sus mejores crónicas sobre el Japón.

A pesar de los adelantos de nuestra civilización bimilenaria esta visión de un país (¡de un país oriental), casi nos abruma. Porque el articulista agrupa datos y más datos sobre la multitud y eficacia de los centros e instituciones escolares del Japón, el país más avanzado culturalmente de toda el Asia Oriental. Sin embargo, el articulista no se deslumbra por esta situación, que viene a desembocar en una fatal y curiosa consecuencia: la apatía religiosa de una nación tan privilegiada.

El 99,5 por 100 del pueblo japonés sabe leer y escribir. Su población escolar asciende a 22 millones de estudiantes. Son 500 las Universidades oficiales y privadas. Muchos países europeos y americanos no pueden presentar, ni de lejos, un panorama proporcionado al que ofrece, a los ojos atónitos del mundo, el pueblo nipón.

Pero éste es solamente el aspecto halagüeño de las estadísticas. En virtud de ellas la situación pronto comienza a ensombrecerse. Esa "multitud" de Colegios y Centros Superiores no son suficientes para el desorbitante afán de estudiar de los japoneses.

El mero ingreso en la Universidad es a veces un problema insoluble. En marzo de 1959 "400.000 jóvenes hacían sus exámenes de ingresos en las Universidades privadas o del Estado, y sólo 120.000 consiguieron encontrar plazas". Los 280.000 restantes a esperar uno, dos... cuatro años. En la célebre "Todai", antigua Universidad Imperial, hay fundado un club que acoge solamente a los que por cinco veces han intentado ingresar en ella...

El segundo problema es el de poder mantenerse económicamente durante los años de estudios. Contra lo que es habitual en España, por ejemplo, un tanto por ciento muy elevado de universitarios han de dedicar bastantes horas del día, robadas al necesario descanso, para trabajar como obreros y dependientes, y obtener así los yenes que les han de servir para sus libros y el pago del hospedaje.

Pero sigamos avanzando. Supongamos que ya han acabado sus estudios y logrado el título por el que lucharon durante seis o hasta diez años. El porvenir, ¿está bien asegurado?

De ningún modo. Ahora precisamente empieza el más grave de todos los problemas: encontrar una colocación. Y esos muchachos, o mejor esos hombres de casi treinta años, empiezan a llamar a diversas puertas, descendiendo poco a poco en la escala de sus aspiraciones. Ingenieros, médicos, abogados, acabarán empleados en una oficina comercial de simples burócratas (por supuesto allí también les han exigido el título), o irán a trabajar a una fábrica como un obrero más. Como el 55 por 100 de los graduados especialistas, y el 77 por 100 de los cargos oficiales salen de los que obtuvieron sus títulos en la "Todai", también aparece demasiado clara la existencia de prejuicios y excesiva desigualdad en la recompensa a los estudios universitarios. En Japón se asiste todos los años a una dramática lucha por ingresar en esta Universidad, de plazas limitadas; los muchachos rechazados intentan probar fortuna luego en otras Universidades, aunque ya con el amargo presentimiento de que les será casi imposible sobresalir, y aun ejercer luego su carrera.

El resultado natural de todo son las tendencias izquierdistas de los estudiantes fracasados, que superan en virulencia a los mismos comunistas; recuérdese el atentado cometido contra el príncipe heredero el día de su boda. Y “el tener que preocuparse demasiado por este mundo para pensar en el otro” trae como consecuencia una apatía general en materia religiosa.

¿Apatía?

Agradeceríamos al P. González Molina que a los datos presentados añadiera una mejor explicación de este fenómeno para precisar el sentido propio de esa frase, en la que sienta con firmeza:

“La apatía religiosa de los japoneses es algo que no necesita investigación”.

Creemos entender algo. Suponemos que no necesita investigación porque las circunstancias en que con frecuencia viven podemos equipararlas a las que pone Santo Tomás como capaces de hacer pasar a un plano secundario el pensamiento de Dios y de lo sobrenatural.

Pero también querríamos investigación sobre los factores que han determinado la terrible injusticia de haber cerrado a un pueblo trabajador, celoso e idealista, no sólo las fronteras de una emigración, que le es exigencia natural, sino las mismas fuentes de su tradición espiritualista. Porque a este pueblo de corazón noble y de innata predisposición al sentimiento religioso y a la superación personal, lo tenemos encerrado a presión en un puñado de tierra, y agobiado por una vida durísima forzosamente materializada.

Eso, mientras otras naciones —algunas portaestandartes de la fraternidad entre los pueblos— apenas llegan a uno o dos habitantes por km². y nadan en la abundancia, todavía encierran a los japoneses a cal y canto entre sus islotes empobrecidos.

Es necesario crear un ambiente, mover las conciencias, para que estos dramas de nuestro mundo y de nuestra era encuentren remedio. Soluciones urgentes y grandiosas, porque el problema es urgente, grande, *trascendental*.

Francisco de P. Oliva, S. J.

ENIGMAS DE LA GRACIA.

Vida nueva, núm. 189.

Gracia y libertad. Manuel de CORDOBA

El autor propone una cristianización de “La Libertad” de Nueva York. Rito del bautismo: La fórmula “Sólo en Cristo existe la libertad” iluminada por la antorcha de la estatua.

Y sin embargo uno se pregunta si es posible una cristianización así. O mejor aún: si es posible *la* cristianización. Cristo exige a Nicodemo “volver a nacer”. El rito bautismal simboliza la realidad de una muerte y una resurrección. El concepto de libertad en la gracia no puede superponerse a la libertad del liberalismo. Se trata de un verdadero ídolo al que los ocupados negociantes de Nueva York no tenían tiempo de rendir culto y por eso hicieron del mar el sacerdote que continuamente le ofreciese el incienso de su espuma y la plegaria de su rumor magnífico. Pero los ídolos tienen que ser destruidos.